

# Marolas



**Antonio Ramos Revillas**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN







# Marolas



Rogelio G. Garza Rivera  
**Rector**

Santos Guzmán López  
**Secretario General**

Celso José Garza Acuña  
**Secretario de Extensión y Cultura**

Antonio Ramos Revillas  
**Director de Editorial Universitaria**

© Universidad Autónoma de Nuevo León

Padre Mier 909 pte. esquina con Vallarta, Monterrey, Nuevo León, México,  
C.P. 64000. Teléfono: (81) 8329 4111 / e-mail: editorial.uanl@uanl.mx

editorialuniversitaria.uanl.mx

---

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra —incluido el diseño tipográfico y de portada—, sin el permiso escrito por el editor.

---

Hecho en Monterrey, Nuevo León, México



# Marolas

**Antonio Ramos Revillas**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



**L**u quería salir de casa para ir al parque pero no la dejaban.  
—Hoy no —le dijo su mamá cuando le solicitó permiso.  
—Hoy tampoco —le respondió su papá cuando le volvió a pedir permiso.

—Otro día vienes, mijita —le respondió su abuela por teléfono, porque hacía semanas que no iba con ella y ¡cómo le encantaba ir a casa de su abuela!: tenía en sus habitaciones muchas cosas para jugar, vestidos extrañísimos, una colección de broches y botellas de refrescos de otro tiempo, y lo mejor era que sabía preparar un fabuloso pastel de uva.

—No se va a poder —le respondió su tía la Nena, en una video llamada, mientras su prima Karla hacía cara de “sí, má, sí, má, deja que venga Llu, sí, má, por favor, por favor, por favor” sin éxito—, nadie sale hasta que pase todo esto.

Y así todos los días.

Uno tras otro.

Todos los días el mismo, el aburrido día de siempre.







Llu se asomaba por la ventana de la casa y veía la calle y los coches detenidos. A veces sí pasaban algunas personas, pero muy pocas. Cada cierto tiempo oía sirenas, hasta que aprendió a reconocer si eran de policías, ambulancias, la basura o los bomberos.

También aprendió a contar cosas: botones en la casa, canales de televisión, pájaros frente a su ventana, libros, chispas de chocolate.

Cuando empezaba a enojarse por el encierro le daba consuelo saber que sus compañeros de clases estaban igual: encerrados en sus casas. Memo en el departamento con su papá, Julissa en su casa sin poder asomar ni la nariz por la ventana, Lumía con su mamá, Paquito con sus abuelos. ¡Qué fastidio era vivir así!

Lo peor era que sus papás, para que no se aburriera, la dejaban hacer todo lo que antes le prohibían. Ya se había cansado de ver series de televisión, de leer, de dibujar, incluso, como cosa rara, ya se había cansado de jugar en el celular y el iPad y hasta sus papás le habían dado permiso de jugar un poco más.





En su casa solo salían cuando se les empezaba a terminar la comida. Entonces, su papá se ponía un turbante bien raro sobre la cabeza, unos lentes con vidrios muy gruesos que servían para esquiar, una mascarilla de tela y luego otra encima de plástico, camisas de manga larga, guantes, se metía las bastillas del pantalón dentro de los calcetines y luego los zapatos en un par de bolsas gruesas que ataba con cintas y con una lista en mano salía a la



calle. ¡Era bien divertido verlo caminar por la banquetal!, como si fuera un astronauta, solo para ir al mercado de cuatro calles adelante.

Y cuando volvía, se quitaba todos los envoltorios en la entrada, los guardaba en una bolsa y la llevaba directo a la lavadora.

Luego empezaban las quejas:

—Ya se acabó la harina que querías, te traje de otra; don Juan solo me vendió medio kilo de todo, dice que es para que a todos les alcancen; cada vez hay menos gente en la calle, el centro de la ciudad parece un fantasma; no alcancé a pagar la luz, pero no creo que la corten; el parque se ha puesto muy bonito.

Lo que a Llu le daba más coraje es que afuera no parecía que sucediera nada malo. El aire corría con mucha frescura y movía las ramas de los árboles sacándoles un ruido tranquilizador. Como había menos coches, era más fácil escuchar las aves.

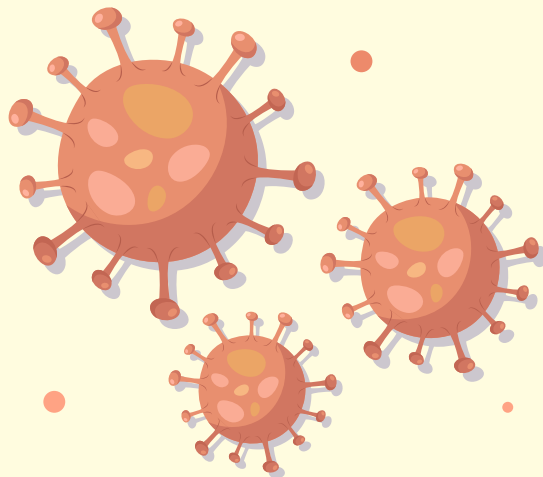
Pero no era cierto. Había algo malo allá afuera.



—Es por un virus, todos debemos estar encerrados —le había dicho su papá—. Los virus son células, mijita, células muy pequeñas y que no se ven a simple vista pero se pegan a la gente cuando estornuda o cuando habla. ¿Sí sabes que cuando hablamos sacamos gotitas de saliva?

—¡No, qué asco!

—Sí, todo el tiempo, Llu, estamos dejando células nuestras por todos lados: en el cabello, al estornudar, cuando se nos cae la piel. Y a veces, cuando estamos enfermos, por donde vayamos dejamos esas bacterias o virus que traemos al estornudar o al hablar.



Como son invisibles no las vemos, pero las dejamos por todas partes. Por ejemplo, ¿recuerdas cuando no te bañaste como en tres días, en vacaciones y me dijiste que olías como a pan remojado? Pues ese olor eran tus bacterias amontonadas, que pedían con urgencia un buen regaderazo. Y cuando saliste olías muy limpio porque las bacterias se habían ido con el agua.

Todo eso se lo habían explicado una y otra vez, pero Llu aunque lo entendía no lo entendía. Es decir, sí, pero no. Por eso más se desesperaba. Más se enojaba. Ya ni tomaba el iPad y la tele hasta le producía dolor de cabeza.

Fue como el día treinta y tantos de estar encerrada, que se plantó en el centro de la sala y empezó a repetir:

—Estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida...



—Mijita, ¿qué te pasa?

—... estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida...

—Llu, hija, no es fácil para nadie, esto es...

—... estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida...

—Cariño, ya; ¿jugaste con tu iPad?

—... estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida...

—Mijita, cariño... sí, está feo estar siempre en casa, pero...

—... estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida...

—¿Quieres una leche con chocolate? ¿Quieres un pan con mermelada?

—... estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida.

Pero... incluso repetir eso de que estaba aburrida... era aburrido.

Ya sin saber qué hacer, fue y se acostó en la cama y se puso a mirar el techo... La tarde desapareció y se convirtió en la noche. Su mamá le llamó para ir a cenar pero no quiso. Estaba, como decía su abuela, emberrinchada.







¡Qué bonito era salir, correr en el parque, ir a comprar helados, entrar a un cine, jugar al voli en las canchas! De recordar todo lo que le gustaba hacer y ya no la dejaban se puso a llorar, y al fin dejó de llorar cuando escuchó un ruido en el armario de su cuarto, como una lejana marcha triunfal. “Qué raro”, se dijo. Se acercó al armario, se puso en cuclillas y pegó el oído... Sí, lejanísima, pero bien armónica se oía una marcha de guerra, el uno dos, uno dos, el paso adelante, ya, uno dos, uno dos. Sonaban unos tambores y luego trompetas como si se alejaran...

El corazón le palpitó muy fuerte. ¿Y si eran fantasmas? Gateó hacia atrás y se pegó contra el buró de su cama. Encima había una lámpara muy bonita de Sailor Moon, una caricatura que su mamá había querido que viera, pero no le había llamado la atención. La lámpara cayó e iluminó la parte baja de la puerta del armario. Entonces el sonido de la marcha se detuvo y una voz, clarita, pequeña, pero clarita, se dejó oír por detrás de la puerta.



—¡Apaguen la luz!

De los nervios Llu se puso de pie, apagó la lámpara, y empezó a abrir lentamente la puerta del armario. Se asomó y...

Lo que encontró casi le quita la voz. Allá abajo, al fondo del armario, entre las cajas de los zapatos, había una marcha de guerra. Un ejército de botones azules, verdes y amarillos corría en dos columnas por el fondo del armario.

—Increíble, inmarcesible, inmisterioso —dijo el Botón Verdiazul al frente del ejército.

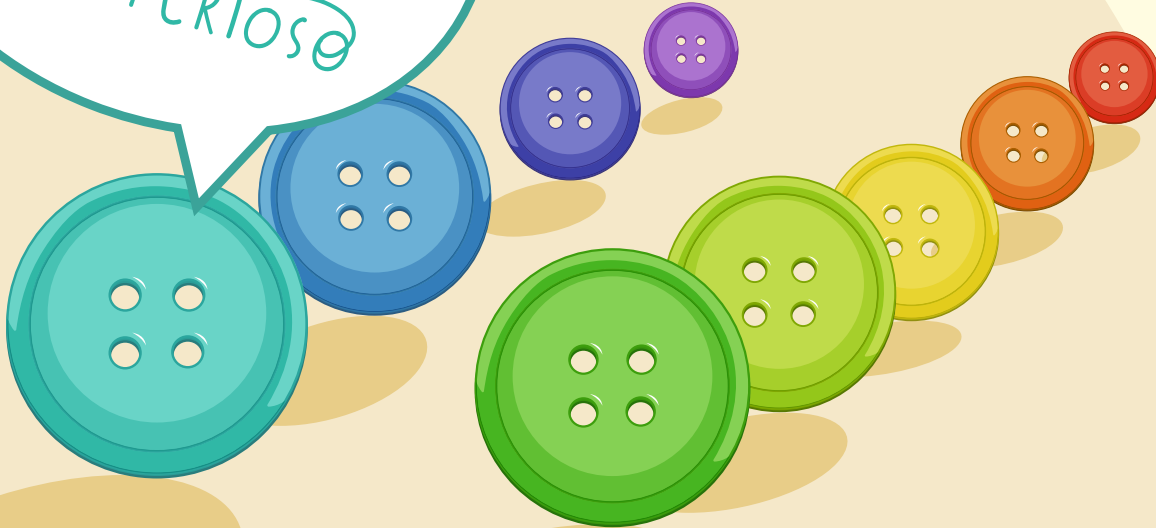
Llu se acuclilló y se acercó lo más que pudo al sólido batallón de botones que formaban una banda de guerra con sus tambores, trompetas y una bandera azul que no tardó en reconocer como una de sus blusas.

—¿Perdón?

—Inconexa, incóntrita, incertísima, ¿por qué apagó la luz?



INCREÍBLE,  
INMARCESIBLE,  
INMISTERIOSO



Llu se frotó los ojos. No podía creer lo que veía. Hizo un gesto de fastidio y miró a su alrededor. Todo estaba, sí, como siempre: la cama, el buró, solo la lámpara en el suelo.

—Pero usted dijo que apagara la luz.

—Inaguantable, incrésima, intolerable... ya deje así, pero no para quedarnos en la oscuridad —repitió el Botón Verdiazul.

—Deje entonces la enciendo...

—In...

—Oiga, ¿y por qué habla así?

—¿Así cómo?

—Con tantas IN...

—¡Inconmensurabilidad, incoada, inocente! Así hablan los generales del ejército.

—¿Ah... sí? ¿Y a dónde van?

El Botón Verdiazul general de los ejércitos se quedó callado.

—A combatir la plaga, por supuesto.



—¿Cuál plaga?

—La que los tiene aquí encerrados, a todos nos urge que se salgan de sus casas, queremos recuperar nuestra libertad.

Llu hizo un gesto de sorpresa.

—Esta casa es de mis papás y mía...

—Increíble, incróstimo, increable... Esta casa es de todos... Pero no hay tiempo. Tenemos que ir a la guerra.

Llu hubiera querido ser más pequeña para seguir con menos cansancio al ejército de botones que salió del armario. “Seguro estoy soñando”, dijo para sí. “Tal vez la lámpara me pegó en la cabeza”...

Nunca hubiera imaginado que su casa podía estar habitada por más “personas” que su propia familia, pero de alguna manera era cierto: todos los objetos de una casa, los humanos, los animales y los que, hasta ese momento ella había creído que no tenían vida, le daban a las casas cierto aire original, de ahí que ninguna casa se





CONCERTÍSIMO

pareciera a otra, que aunque algunas se parecían entre sí por fuera, por dentro resultaban muy distintas.

Su casa, por ejemplo, a diferencia de la de su abuela, era más pequeña; para empezar, ni casa era, sino un departamento en un edificio del centro de la ciudad: tenía una sala, comedor, una cocina muy pequeña, una azotehuela donde estaba una lavadora-secadora, y dos recámaras, la suya y la de sus papás, con dos baños. Esa era toda la República de los Martínez Treviño. En cambio, la casa de su abuela, ¡era inmensa! Tenía cuatro habitaciones, tres baños, una sala grandísima, un comedor muy grande, una cocina en la que podía caber un coche y un jardín con varios árboles, uno de ellos, una granada.

En eso pensaba cuando llegaron a su escritorio y de él salió, también por la zona donde había más oscuridad, un ejército de gomas de borrar y sus lápices de colores. No tardó en reconocer al capitán: un viejo lápiz del No. 2, con la goma para borrar medio desgastada de un lado, con un manchón oscuro de tanto qué borrar.



—Incróstimo —dijo el Botón Verdiazul cuando saludó al viejo Lápiz del No. 2.

—Concome, mi querido Botón Verdiazul —saludó el general y volvió a ver a Llu—. Señorita, mucho gusto. Todos los días la veo, pero hasta ahora tengo el gusto.

Llu murmuró con sorpresa.

—Igualmente —respondió, aunque conocía a ese gastado y trunco Lápiz del No. 2 desde que lo había sacado entero y nuevo de una caja que su papá había comprado al inicio del ciclo escolar.

—¿Usted también tiene una forma de hablar en particular?

—Concertísimo.

—Entiendo.

Al ejército de botones se unió uno de lápices, plumas, marcadores. Marchaban en filas, en columnas, siempre dando un paso hacia delante al uno dos, uno dos. Dejaron atrás el escritorio y fueron a un armario donde su mamá guardaba muchas cosas de bisu-



tería. Ahí apareció un nuevo pelotón de sellos; sí, sellos, porque la mamá de Llu era una experta en manualidades. Ese ejército fue muy variopinto: había sellos de corcho, brocas de cuchillo que parecían inmensos tanques de guerra y sobre los que se treparon botones y algunos lápices pequeños, que casi parecían a punto de terminarse.

—Inmarcesible —dijo el Botón Verdiazul.

—Concordo —respondió el Lápiz del No. 2.

—Marintoto —dijo el Corcho de Palomita, general del ejército.

Para esa altura Llu ya estaba cansada de estar inclinada. Le dolían las rodillas y las muñecas de las manos por estarse apoyando en ellas.

—¿Y tienen un plan? —se animó a preguntar.

—Intuso... pero ¡Ninguno! —dijo el Botón Verdiazul.

—Conísimo. ¡Para nada! —respondió el Lápiz del No. 2.

—Marcímo... ¿Qué es un plan? —sentenció el Corcho de Palomita.

Llu casi se va para atrás.





—Para acabar con la plaga, deben tener un plan.

Los altos generales del amplio ejército se sentaron a discutir. Había caído ya la noche. La casa estaba en silencio. Una pequeña luz dorada entraba por la ventana que daba a la avenida. “Como no tenemos tantas cosas interesantes, tengo puros generales torpes”, pensó Llu. Su abuela tenía una colección de fichas de refrescos que su abuelo le había dejado al morir y otra de pájaros de cristal. Habrían formado un gran ejército, pensó. Valientes fichas y valiente aviación.

Ya se estaba desesperando cuando les dijo:

—Para empezar, no pueden salir de casa.

Los tres generales la volvieron a ver. El Botón Verdiazul le dio la espalda, ofendido. El Lápiz del No. 2 suspiró, contrariado y el Corcho de Palomita sonrió: estaba enojado, pero la palomita siempre significaba que estaba de acuerdo.

—¿Y por qué no podemos salir?



—Pues la enfermedad... todos lo saben. Hay que tener una distancia entre la gente, al menos dos metros.

—Increíble...

—Correctísimo...

—Marinono... —respondieron casi al unísono.

—¿Y entonces cómo haremos la guerra? —preguntó con tristeza el general Botón Verdiazul.

Llu suspiró.

—Quedándonos en casa... no viendo a nadie... lavándonos las manos... hasta que pase la pandemia —repitió con desgana, porque de pronto le había dado tristeza pensar que su bellissimo ejército de botones, plumas y corchos se enfermara.

Ya lo decían en las noticias: el virus iba a pasar.

Un rato después su mamá la encontró acostada en el suelo entre filas de plumas, lápices, corchos y botones, cuando le llevó la cena que no había querido comer.





—Mija, ¿qué te pasa?

—Estoy aburrida.

—Ya sé, todos lo estamos. ¿Y este tiradero?

—No es tiradero son... —estuvo a punto de decir que solo eran cosas, pero recapacitó—. Este es el general Botón Verdiazul.

—Incrístimó —la saludó el general con la voz de Llu.

—Y este es el general Lápiz del No. 2.

—Conifísimo... que quiere decir mucho gusto —compuso Llu.

—Y este es el general Corcho de Palomita.

—¡Marsilla! —dijo feliz el Corcho con la voz de Llu.

—Veo que te has divertido mucho.

—Algo... pero aún quiero salir.

—Ven, vamos a mi cuarto —le indicó su mamá.

Fueron a la habitación de la mamá de Llu, al librero que había ahí y la mamá sacó unas libretas que tenían en su interior dibujos, muchos dibujos de aves, de alces y de flores.



—Desde que empezó la cuarentena intento dibujar uno cada día, ¿ves que los primeros están medio toscos? Es porque andaba ansiosa, con mucho miedo, mucho estrés; pero los últimos están mucho mejor hechos, ¿ves?

—Sí, mamá. Qué bonitos están.

—Y tu papá hace más o menos lo mismo.

—¿Dibuja?

—No... para nada, es muy malo, pero cada que sale viene con una bola de plastilina y se pone a hacer muñequitos de una caricatura que veía cuando era niño. El caso es que cada quien debe encontrar una manera de mantenerse ocupado. Esto no se trata de que estemos aburridos, sino de cómo aprendemos a recuperar nuestras habilidades. Seguro has aprendido un montón estos días, para empezar, ¿de dónde sacaste lo del ejército de botones?

Llu sonrió.

—Es que recordé las fichas de la abuela y que una vez me parecieron que eran un ejército listo para marchar.



—Ven, trae tus botones y al general del No. 2.

Volvieron a la mesa, que ya estaba limpia. Su mamá fue por el papá de Llu y cuando volvió traía en la mano un robot casi del tamaño de su mano: un perfecto robot con alas y motor a reacción. Su mamá trajo una libreta y empezó a pintarlo. Llu, para no quedarse atrás, puso en fila al ejército de corchos, tomó al general Corcho de Palomita, le puso un poco de tinta y lo estampó sobre el dibujo.

Al día siguiente, cuando su papá salió a la calle vestido como astronauta, Llu lo miró desde la ventana. A su lado había un botón, un lápiz del No. 2 y un corcho, alineados, espectantes ante la calle mientras veían alejarse al papá.

—No te enfermes —dijo quedamente Llu.

—Inclástico —dijo el general Botón Verdiazul.

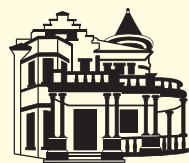
—Conúliro —agregó el Lápiz del No. 2— que significa “Vuelve pronto”.

—¡Marolas! —dijo el Corcho de Palomita.



Llu no sabía lo que significaba esa palabra, pero estaba segura que tenía que ver con el parque, la gente, la fiesta, el ruido, el bullicio, el amor, el aire al enredarse en los cabellos; que sonaba como abrazar a su abuela, a correr con su prima Karla, a esperar en casa felices, y también a pasteles de uva, inmensos como un esponjoso platillo volador. 🎀





*Marolas*, de Antonio Ramos Revillas, se publicó en mayo de 2020. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Jessica Nieto. Diseño editorial por Verónica Rodríguez.







